



Foto de Steve Johnson en Unsplash

G.
GALERÍA

Gabinete de misterio y protesta

Una semblanza de Camila Figallo

ANGELINA FERRERO



Retrato de Camila Figallo (2023)

Los personajes en las pinturas de Camila Figallo aparecen, generalmente, adormilados y suspendidos en el tiempo. Quien ingresa al mundo de la artista se enfrenta a una multiplicidad de lecturas. Los cuerpos humanos, desde su quietud, son tremendamente provocativos. ¿Por qué duermen? ¿Aún respiran? Ellos están situados en espacios en donde la ambientación y la coloración han sido cuidadosamente calibradas.

Cada objeto, por más pequeño, ha sido introducido con un propósito. En la simetría y el naturalismo del trabajo de Camila Figallo aparece, por un tajo misterioso, el riesgo y la provocación.

En sus obras más recientes, la artista ha comenzado a introducir animales con carga mitológica que desdibujan los límites entre el mundo concreto y todo aquello que surge del inconsciente humano. A través de largas conversaciones, ella me abrió las puertas de su proceso creativo y su mente. Compartió conmigo las preguntas que gatillan, lo que ella misma denomina “una obsesión”. La pasión por su oficio son las pinceladas que dan color a una voz profunda y sincera. Camila me mira con los ojos de alguien que tiene la certeza de que no podría vivir haciendo otra cosa. Yo la escucho, tomo notas, e intento recomponer las piezas de una mujer peruana que sueña, reflexiona, transforma, investiga y propone, con valentía, un arte que busca incomodar.

Todo comenzó antes de conocernos, una tarde de diciembre en la que subí las escaleras de la Galería Grau (Barranco), para encontrarme con una sala blanca de techos altos. En una esquina, colgaba una pintura pequeña. Era la réplica exacta de un pequeño cajón de madera con objetos que estaba desplegado junto a la pintura. La pieza mostraba balance, juego, fragilidad, técnica y misterio. Era la primera vez que veía algo de Camila Figallo.



Gabinete portátil de un viajero curioso (2022). Óleo sobre lienzo, 40 cm x 30 cm

La pieza que expusiste en la muestra colectiva en Galería Grau es muy diferente al resto de tus trabajos. ¿Qué representa?

El año 2022 ha sido intenso; he participado en siete muestras colectivas y casi no he tenido tiempo para continuar con mi proyecto personal (dice Camila entre risas, porque sabe que el exceso de trabajo la aturde, pero le encanta). El encargo de esta colectiva era componer un bodegón y pintarlo. Construí un gabinete portátil de objetos. Los gabinetes de curiosidades eran los primeros museos. Adentro de la obra, hay un personaje; es una pequeña obra mía. La pintura engaña el ojo, carga con una trampa.

Y así, nos introducimos a la obra de una artista que calibra cada gesto, color y detalle. Ella no se ha dado cuenta, pero le hago notar que el taller de Chorrillos en el que conversamos es una versión expandida de ese pequeño bodegón. En la esquina, hay una refrigeradora llena de materiales. Si para ella los objetos hablan tanto como las personas, me pregunto cuántas ideas tiene aún por descongelar.

Pinto desde los cuatro años. Me levantaba a las cinco de la mañana y dibujaba. Mi mamá me descubrió. Me dijo: “¿dónde lo has calcado?”. Ella no me creía. Es que los dálmatas me salían igualitos. Pronto, me metieron a talleres de pintura, pero me aburrían. A los trece años ya dibujaba realista. Tal vez, esa era mi forma de hacerme ver y escuchar.

Ella tiene una voz profunda, canta y toca guitarra. En el 2015, como parte de la serie *Crisálida*, hizo una *performance* en la que decidió privarse de sus sentidos. Estos, poco a poco, se iban develando. Camila siempre ha sentido una inquietud por explorar la cosificación del cuerpo carente de consciencia de sí mismo. Sus personajes, con los ojos vendados y las bocas tapadas con tela y tul, no pueden expresarse ni actuar.

Siempre me ha interesado mirar a las personas como objetos. Veo a mis personajes como cosas y son los elementos que los rodean los que nos revelan una historia sobre ellos. Tengo una obsesión con los objetos y la memoria. Estoy llena de adornitos horribles que guardo. Por cosas personales, más de una vez me sentí como un objeto. Una vez, dejé de pintar por casi dos años, pero me di cuenta de que nuestro trabajo tiene que hablar por nosotros. Tal vez, mi trabajo es un intento por desarrollar una poética de lo inanimado.

Los espejos son un elemento recurrente en sus pinturas. Le pregunto si representan algo...

Es importante que estos estados inanimados nos espejen. Tal vez, todos somos, de cierta manera, una audiencia dormida y al mismo tiempo, potencialmente peligrosos.



Suspensión III (2022). Óleo sobre lienzo, 40 cm x 60 cm

A pesar de esta cualidad de adormecimiento de sus personajes, ella es una mujer activa y tenaz. Camila me cuenta cómo llegó un momento en que tomó la decisión de despertar. Tiene tatuada en el cuerpo la fecha que marca un antes y un después en su obra y su vida: 24 de febrero del 2011 (XXIV.II.MMXI).

Yo era una chica muy sombría. Siempre me vestía de negro y mi madre se preocupaba, pero me dejaba ser. La relación entre mis padres era complicada. Aun así, fue a través de ellos que conocí el arte. A mi mamá siempre le gustó la decoración; me bordaba casacas con lentejuelas. Mi papá era un melómano. Llegó un

momento en el que me dije: "si sigo así de oscura, voy a terminar muriéndome". Metí toda mi ropa en una bolsa y salí de ahí.

Y desde ese día, no dejó de pintar. Camila es hoy una mujer empoderada que confía en su capacidad y comprende que su arte es una herramienta de protesta. Quien mira sus pinturas no puede evitar proyectar sobre ellas un discurso feminista. Llama la atención que ella no haga ninguna mención explícita al género o a alguna agenda política que impulse su trabajo.

Es interesante cómo existe un motor de algo y se construye un discurso. Luego, esto se inserta en un contexto más amplio. Soy consciente de que mis cuadros cargan con una violencia silenciosa. He vivido situaciones que me han enseñado a defenderme en el ámbito masculino. Tal vez, es por eso que mi trabajo tiende a volver a lo oscuro y siempre inserta un elemento perturbador. Esto sucede en las imágenes y en los títulos. En mis pinturas todo aparenta ser armonioso y la atmósfera es muy natural. Sin embargo, uno sabe que algo está sucediendo. Creo que son un intento por representar la normalización de algo que no está bien. Eso es lo peligroso.



Lo indicible I, (2020). Óleo sobre lienzo, 130 cm × 130 cm

Y en ese sentido, su pintura *Lo Indicible* marcó un punto de quiebre fundamental en su carrera. Era peligroso exponer, por primera vez y en mayor formato, su mundo interior.

Me tomó casi tres años pintar esa obra. Me daba miedo. Tuve que atravesar situaciones desafiantes para recuperar la seguridad en mi cuerpo y mi capacidad como artista. No fueron momentos fáciles, pero me ayudaron a forjar carácter. Ahora me siento más segura en mi cuerpo, lo siento más mío. Muchas mujeres artistas están llenas de inseguridad. Soy consciente de que mi personalidad, así como mis pinturas, podrían incomodar.

Camila hoy enseña en primer ciclo de Corriente Alterna y da clases particulares. Sonríe orgullosa cuando me cuenta que su grupo de alumnos se llama “Esquizofrenia cromática”. Sin duda, tiene el ojo entrenado para ver colores que los seres humanos más comunes no podemos ver. Cuando le pregunto sobre las opiniones que recibe sobre sus pinturas, ella confiesa que se mantiene abierta a recibir todo tipo de comentarios.

Me gusta que la mirada del otro complete mi identidad y la de mis pinturas. Hay muchas personas dentro de una.

Intuyo que hay mucho de ella en sus personajes. Inclusive, ha llegado a aparecer en alguna de sus pinturas. Ella me dice que, cuando su cuerpo aparece sobre el lienzo, ya no le pertenece. Más de una vez me atrevo a hacerle la misma pregunta: ¿Qué crees que dirían tus personajes si despertaran?

No lo sé; yo los sigo mirando como cosas. Hay algo que me inquieta de la inmovilidad del ser humano frente al caos, y la violencia del entorno y los objetos. Eso no quiere decir que ellos no tengan pulsiones sexuales, deseos o perversión.



Corona de salamandras (2022). Óleo sobre lienzo, 20 cm × 25 cm

Tal vez, ya estén despertando. En sus bosquejos y pinturas más recientes, los personajes ya no están apoyados. Alrededor de ellos comienzan a aparecer animales como salamandras o gallinazos. Estas son exploraciones que ya aparecieron, por primera vez y de manera sutil, en su serie *Crisálida*.

En mis exposiciones, siempre pongo una semilla de lo que viene. Así, voy hilando constelaciones. Siempre he creído que el deseo está muy relacionado al objeto. La corona de salamandras hace una alusión a la época medieval. La salamandra representaba al hombre que podía controlar sus pasiones y la lujuria. En mis nuevas pinturas, la parte inconsciente del ser humano sale a relucir. Cada elemento carga un mensaje dentro de la obra. Por ejemplo, actualmente estoy trabajando en la pintura de una mujer con el cuerpo lleno de gallinazos.

Es curioso que la artista llame al cuerpo humano, a la figura animal y a las cosas “objetos”. De cierta forma, estandariza los cuerpos y compone de manera balanceada con ellos sin ninguna jerarquía. No existe en ella la creencia de que el cuerpo humano sea superior o más útil que todo aquello que lo rodea. Y al mismo

tiempo, se relaciona con sus cuadros como personas. Su trabajo y su vida están completamente entrelazados.

A veces, cuando me canso de un cuadro, lo castigo y lo encierro. Salgo a caminar por el malecón para despejarme. Cada vez que puedo, organizo un karaoke. Yo vivo en dos mundos: el real y el de mis cuadros. Y a veces, me confundo. Cuando pinto, me meto en una membrana. Me encierro en mi casa o mi taller, y me gusta que los cuadros que me atormentan me miren. Las ideas están ahí; nunca descansan en mi cabeza, ni cuando duermo. Sufro, pero disfruto de perderme hasta encontrar el concepto. Luego, pintar ya se convierte en algo más metódico.

Camila es el tipo de artista que despierta en el medio de la noche, hace un garabato en un cuaderno y vuelve a dormir. Ella sueña que pinta. Me confiesa con total transparencia que ella siempre sueña que es hombre y que con frecuencia aparecen reptiles.

Creo en la transmutación como una técnica para la creación. Hay algo sexual y violento en crear que se convierte en una necesidad de calmar el caos adentro de una.

Camila es metódica y calculadora con su trabajo. Por ejemplo, para su nueva serie de pinturas ha desarrollado un bestiario. Lee sobre alquimia y simbología, y trajo de su último viaje a Madrid quince kilos de libros. Además de su formación en Corriente Alterna, ella considera haber perfeccionado su técnica como asistente de algunos pintores mayores.

Aprendí mucho de Toto Fernández Ampuero. Antes, en mi taller había mucho desorden, pero él me enseñó a romper con el mito del artista caótico. Era muy organizado; hasta hacía inventarios. Tenía un método y una forma muy particular de pintar. Ahora, yo reconozco que soy controladora al pintar, pero el hiperrealismo es muy estático. Estoy probando soltar la pincelada para solo armar el gesto y controlar los puntos importantes. Así, obligo al espectador a ver.

En su muestra de abril, Camila presentará, principalmente, bosquejos de pinturas. Ella nos dará la oportunidad de indagar, como espectadores, en su proceso creativo.

Para mí, pintar es una condición. Me da síndrome de abstinencia cuando no lo hago.



El sueño de la razón produce monstruos. Óleo sobre lienzo, 1 m × 60 cm

El 2023 comenzó con buenas noticias, pero nada ha sido gratuito. Durante el 2022, Camila sembró semillas en dos ferias en Madrid, una en Barcelona, en el Museo Amano y en varias series colectivas. Sus ventas son constantes y siguen aumentando; ella ya no acepta encargos que no estén alineados a su arte. Ha cumplido una meta que tenía trazada para dentro de uno o dos años, ser parte de la plataforma *Artsy*. Fue la primera en vender en la nueva plataforma peruana *Callao* y está preparando dos muestras en Lima para abril y noviembre. A pesar de todos estos logros, ella me sonrío con humildad, y me transmite la sensación de que le queda muchísimo por hacer y aprender. Sin ninguna pretensión, me dice:

... Creo que estoy cosechando.

Y quien la observa no lo cree; está segura de ello.